

sus servicios, que además de permitirle atender á ciertas necesidades de la casa, le proporcionaba el gusto de hacer á su bueno y paternal amigo Cartín un abono á cuenta de lo que le debía, y de renovarle una vez más su gratitud por el valioso servicio que con tanta generosidad le había prestado.

Urdaneta no había hablado de marcharse de Costa Rica, á pesar de lo mucho que se aburría un carácter como el suyo, acostumbrado á las turbulencias y aventuras de las grandes capitales: hacía ya cuatro meses que estaba en el país, y cuando paraba mientes en ello, le parecía extraño; "cómo pasa tiempo . . . !" Sin embargo, solía abrir en la monotonía de su vida de desocupado, agradables paréntesis; á veces alquilaba una volanta y se iba al campo, á la finca de don Agapito, y regresaba al día siguiente; otras se iba á caballo, ó en el tren, y permanecía allá una ó dos semanas; cazaba por los alrededores ardillas, palomas y *yigüirros*; buscaba cuantas cabalgaduras hubiera á la mano, é inventaba paseos á las montañitas más próximas, almuerzos á la orilla de algún río, y siempre sorprendía á don Agapito conduciendo á la comitiva á sitios y parajes pintorescos que nadie conocía, y que él había descubierto en sus cacerías. Mantenía pues, en ebullición á toda aquella gente.

"Monte Azul" era una magnífica posesión con excelentes patios de beneficio, y máquinas de las

más modernas que trabajaban á la perfección, como si dentro de ellas hubiese una conciencia que dirigiera todos los movimientos con precisión admirable

La casa de habitación presentaba el lado izquierdo á la carretera, y se entraba por un gran portón de hierro, desde el cual se dominaba casi en toda su longitud una hermosa avenida sombreada por doble hilera de mangos, aguacates y zapotes corpulentos y de gigantescos bambúes. La entrada á las habitaciones quedaba frente á esta avenida. Al amplio corredor situado frente á la sala, grande y clara, daba acceso una pequeña escalinata de madera, cubierta por una tela ahulada á grandes flores rojas, y era un lugar delicioso para las tertulias de la tarde. En la baranda de este corredor enredaban campánulas y lunas, y estaba adornado con grandes matones de pacayas y de begonias de diferentes colores, de anchas y aterciopeladas hojas. Al frente y á la derecha, extendíase el cafetal sombreado por infinidad de árboles de *guaba* y de madera negra.

La última pieza de la fábrica, hacia la izquierda, era el cuartito ocupado por Matilde; siempre se lo reservaba Valentina, porque tenía dos ventanas, una que caía á la calle y la otra que daba al jardín por el lado interior de la cerca, formada de cinco hilos de alambre clavados sobre postes de madera.

A Matilde le gustaba mucho esta habitación,

porque de un lado dominaba la carretera, y por el de adentro todo el jardín, que le enviaba por las noches como una caricia voluptuosa, los perfumes de las azucenas, claveles y jazmines que crecían allí en abundancia.

Cuando Valentina invitaba á su amiga para ir los veranos á la finca, Matilde contestaba:

—Pero ya *sabés* que el cuartito de la esquina es el mío.

—Es claro, le contestaba Valentina; ya puedes sacar título supletorio si quieres: te prometo no oponerme.

Matilde sentía verdadera pasión por las flores de perfumes fuertes y penetrantes, que la embriagaran. Comprendía el suicidio por afixia, sepultada como la Albina de "La caída del Padre Mouret," bajo un montón de flores que mataran con sus besos.

Su alma tenía en todo la misma simetría. Cuando soñaba amores, los deseaba ardientes, apasionados; cuando deseaba amistad, debía ser firme, leal y sin condiciones. Siempre comprendió que Diego, con su carácter tranquilo y su amor exento de esos arranques pasionales de que tanto gustan ciertas mujeres, no era el ideal por ella suspirado. Necesitaba una pasión quemante, avasalladora, semejante á la que era capaz de dar, para que el acorde del amor fuera perfecto.

La profunda impresión que en su alma había hecho Urdaneta, lejos de borrarse, habíase acentua-

do. Experimentaba en su ausencia cierto desasosiego, cierta impaciencia que llegaba á alarmarla; en cambio, cuando aquél llegaba á la finca, estaba contenta, ocurrente, se sentía placentera y gastaba un buen humor que hacía sonreír á Valentina.

La conducta de Urdaneta para con ambas, cuando estaban presentes, era ceremoniosa y hasta cierto punto indiferente, y lograba mantener siempre su balanza en el fiel más exacto.

Matilde observaba la conducta de Urdaneta para con Valentina, y no encontraba nada que le pareciera impropio, pues ésta guardaba á las mil maravillas las apariencias que su posición y estado le imponían.

Con respecto á Diego, Matilde creía cumplir para tenerle contento, con un billetito que le dirigía dos ó tres veces por semana, cuando algún mozo de la finca tenía que venir á San José á cumplir ciertas recomendaciones.

Entonces Matilde escribía dos letras á su padre, y por separado enviaba su billetito á Diego: éste le contestaba por el mismo conducto "que se alegraba mucho de que estuviese contenta y que se divertiera. . . ." Una vez recibió Diego una esquelita cariñosa que concluía: "por qué no vienes un domingo? Don Agapito y Valentina extrañan que no hayas venido ni una sola vez; si no vienes pronto, me iré de un momento á otro. . . . ¡indiferente!

Pero Diego estaba emperrado en no ir, y Matilde no se venía. . . . un sentimiento que ella

misma no se explicaba la retenía allí; deseaba estar cerca de Valentina, y por otro lado, gozaba tanto con aquella libertad de que disponía en los paseos á caballo y en las tertulias en el corredor, que se prolongaban hasta muy tarde, paseos y tertulias en que casi siempre estaba al lado de Beltrán, quien se ingeniaba para encontrar una silla desocupada á su lado.

Gozaba con la voluptuosidad del peligro, como cuando se está al lado de un precipicio cuyas Simas escudriñamos, seguros de no caer en él, y sin darnos cuenta de la fascinación que poco á poco se apodera de nuestra alma, y la lleva hasta el vértigo.....

Hay mujeres que no pueden ocultar el estado de su ánimo cuando atraviesan por ciertas circunstancias, y se comprenderá desde luego que Matilde era una de éstas.

Cuando escribía á Diego, si estaba contenta y feliz, sus frases eran cariñosas, casi apasionadas; había dulzura, esa dulzura que se expande del alma y que se manifiesta en todas nuestras acciones cuando nos creemos dichosos: por el contrario, si estaba triste, si suspiraba por un deseo no satisfecho, si sufría alguna pena, la carta era un reflejo de su alma, pero un tanto amortiguado por las conveniencias, y resultaba fría, incolora, á pesar de sus esfuerzos para hallar un frase cariñosa, ya que no apasionada.... la carta que no dice nada al corazón.

Por otro lado, preciso es confesar que Matilde



de escribía á Diego, no por satisfacer una necesidad hondamente sentida, sino por el deber que la imponía su posición con respecto á su prometido, á quien deseaba no desagradar, porque veía en él un sostén y un amparo que invocaba en ciertas horas de desfallecimiento.

Diego, hombre de análisis frío y sereno, no pudo menos que fijar su atención en ese fenómeno; comparando un día en su escritorio varias cartas de Matilde, se dijo una vez: "No parecen dictadas por el mismo corazón." Hizo un estudio detenido de todas las misivas y fué anotando las fechas. Él sabía muy bien cuando Beltrán estaba allá en la finca; siempre lo preguntaba al mozo que llevaba la esquelita, á veces con algunas frutas, y generalmente con un ramito de claveles blancos cuidadosamente colocados en un cucurucho de hoja de plátano.

Meditó largamente, y no pudo menos que sacar la consecuencia del caso, muy triste y desconsoladora por cierto; lanzó un suspiro y se dijo frunciendo el ceño: "No hay duda: el mejicano ese está maleando á Matilde.no puede ser de otro modo; es preciso que yo averigüe el por qué de esos cambios tan bruscos. . . . parece que me escribieran dos Matildes: una fría, indiferente. . . . y otra que *se parece* á mi novia."

Un día, á principios de Marzo, Diego estuvo caviloso y pensativo; íntimamente no estaba satisfecho de la conducta de su prometida, pues creía que mientras ésta permaneciera en la finca, sería



inaccesible para él. Por qué, pues, ese alejamiento de que Matilde aparentaba no darse cuenta? Por qué una temporada tan larga allí, en aquella atmósfera tan contraria al buen acuerdo que entre ambos debiera existir?

Bien es cierto que ella lo explicaba á su manera: don Agapito no quería volver tan pronto á San José; se encontraba tan bien en su finca! Valentina era retenida por su marido, y Matilde á su vez lo era por ésta. . . . allí decían que en el campo se debe estar mientras el aburrimiento no empiece á invadir el espíritu, y el aburrimiento andaba tan lejos.

Estaba bien que los que veraneaban en malos lugares, en casas incómodas pasando mil trabajos regresaran á la capital muy orondos de haber cumplido con la fórmula del buen gusto y la exigencia social, después de haber ganado la nota de gentes principales y á la moda. Pero ellos, que estaban allí mejor que en San José, respirando aquel aire, y ganando salud por arrobos? qué tontería!

Diego empezó á analizar las cosas y después de maduro examen, llegó á la conclusión de que había sido un bestia en haberse emperrado en no ir á "Monte Azul" á ver á Matilde.

—“Qué diablo!—se dijo;—los negocios son una cosa y la amistad otra. . . . haré una visita corta, después de comer, para no aceptarles la invitación caso que me la hagan.”

Diego recordó entonces, que desde que el

pleito tenía á don Eduardo acorralado y hecho un puerco-espín, el señor Mendoza le saludaba con mucha amabilidad cuando solían encontrarse en la calle de la estación ó en la de la Sabana, lugares que ambos frecuentaban. Julián no iba nunca á la finca de don Agapito entre la semana, y aun cuando Cartín vivía por allí cerca, nada le importaba encontrarse con él. Se resolvió, pues; iría á "Monte Azul" esa tarde, y se volvería á las diez ú once, con la luna; quedó encantado de su resolución y se admiró de cómo no se le había ocurrido antes hacer ese paseo.

Comió más temprano que de costumbre, y á las cinco de la tarde iba caballero en un jamelgo que según el mozo que se lo alquiló, era el mejor cuadrúpedo que comía zacate en San José. Pronto se encontró en la carretera, abstraído en sus meditaciones, y oyendo con los ojos entornados, el golpe de los casquillos de su cabalgadura sobre el empedrado del camino.

El día había sido caluroso; el crepúsculo empezaba á refrescar el ambiente: en las cercas del camino se oían algunos *comemaíces* que cantaban buscando el nido, y en la bóveda azul empezaron luego á brillar mil ojitos de luz que parpadeaban llenos de tristeza sobre las miserias del mundo.

Cuando llegó al pueblecito, distante apenas un kilómetro de la finca, sintió que su entusiasmo plegaba las alas; empezó á recordar ciertos detalles y cambió de resolución; no, no iría allá de visita...

sería preferible dejar el caballo é irse á pie un poco tarde, haciendo el incógnito. . . . sí, sería lo mejor: él sabía cuál era el cuarto que ocupaba Matilde; la vería á solas, hablaría un rato con ella, y de este modo evitaba las molestias de una visita.

Se resolvió á hacerlo así. Dejó el caballo en el patio de una casita, al cuidado de un mozo á quien dió una propina, diciéndole que volvería á las once, y que iba á hacer una visita por allí cerca.

Dió algunas vueltas por la placita cubierta de césped; frente á la iglesia había una ramadilla hecha de gruesas cañas de bambú, y cubierta de hojas de palma ya secas. Dentro, sobre unas burras de madera, una larga tabla á guisa de mostrador, donde se celebraban los turnos.

Se recostó allí y se puso á mirar; allá, al frente, en un establecimiento mal iluminado, bebían algunos campesinos, y en la pieza siguiente, jugaban billar otros; se oían los tacazos, el *pas pas* de las bolas y las risotadas de los jugadores, único ruido que interrumpía aquel silencio.

Al otro lado la casa cural, bien pintada y sombreada por dos copudos higueros; en la esquina, la casa de escuela con algunos repellos caídos y los vidrios rotos, y en otras direcciones, algunas casitas en las cuales se advertía luz; todas las puertas cerradas: un chiquillo pasó cerca de la ramada donde estaba Diego, con paso apresurado y receloso, mirando aquel bulto que allí estaba echado, y éste, siempre de vena cuando se trataba de

dar una broma, le lanzó un maullido feroz, como de tigre en celo, un *mi...a...a...u!* tan largo y estentóreo, que el chiquillo dió un grito y apretó á correr, como alma que huye del diablo: juró que allí lo había *asustao* el *cadejos*.

Estuvo Diego largo rato tendido á la barto-la, mirando la luna que empezaba á brillar, y que á intervalos se ocultaba, como muchacha tímida que se recata con el rebozo.

Consultó el reloj, apenas eran las diez y cuarto ¡qué fastidio! se puso en pie y empezó á andar despacio: era probable que con tan bonita noche la tertulia en casa de don Agapito se prolongara algo, y tendría que esperar entre tanto el momento en que cada cual se retirara á su cuarto.

Caminaba distraído, parándose de vez en cuando para admirar alguna perspectiva, ó recoger un guijarro con qué ahuyentar los perros que le salían ladrando con infernal algazara;-demonio de *lambusos!* exclamaba riendo; ¡ya me hicieran Agente de Policía aquí, siquiera por dos horas!

Llegó por fin á dar vista á la casa de don Agapito. La ventana que daba al jardín estaba iluminada; el corazón le latía con violencia, y se paró mirando á todos lados: no había nadie; indudablemente estaban por allá adentro; de pronto llegaron á sus oídos los acordes de un furioso valse; reconoció á la pianista;-es Chayito Orantes,-se dijo.

Avanzó más acercándose á la orilla opuesta, y se colocó frente á la ventana que daba al lado de



la carretera; parado sobre un montículo. vió el cuarto de Matilde. Un catrecito tendido de blanco en el fondo; una mesa con sendos ramos de flores, una cómoda y varias sillas. La puerta que comunicaba al interior de las habitaciones, estaba abierta; con el temor de ser visto si permanecía allí y sin darse cuenta del papel poco airoso que desempeñaba, debido á las circunstancias, pero deseando ocultarse á todo trance, bajó al zanjón, al lado de la cerca, y se agazapó detrás de un espeso matón de *escobilla*.



XXII

En casa de don Agapito se divertían esa noche; además de Valentina, Matilde, y las dos niñas Orantes, que eran un par de avispas que nunca faltaban donde se quemaba un triquitraque ó sonaba un pito, había otra niña, alta, delgada, blanca, que hacía pensar en esas muñequillas de alabastro, tal era la palidez de aquellas facciones no feas del todo, donde lucían unos ojos aperezados y soñolientos. Esta niña, que respondía al nombre de Teresa, había llegado esa tarde con un su hermano, Rodrigo, poeta *de oído* y por temperamento, que gastaba una melena *soñadora* partida en dos por una raya pulcra y delicada, que recorría aquella cabeza huera donde dormía un semillero de sonetos y de odas.

Dicho poeta, que cultivaba relaciones con Trillito, había llevado á éste al paseo, y allí se hallaban ambos muy contentos bailando desde las ocho de la noche como gente que no tiene que hacer en la vida

otra cosa que divertirse. Había, pues, tres parejas; Beltrán que bailaba con Matilde, Trillito con Teresa, y el poeta melenudo con su musa inspiradora, la *sin par* Emelina Orantes, víctima propiciatoria escogida por Rodrigo como blanco, fin y remate de sus renglucillos cortos que la disparaba á mansalva y sobre seguro, desde las columnas de un diario de la capital, del cual era colaborador *aplaudidísimo*.

Valentina echaba también sus piccitas, y estaba como siempre fina y obsequiosa.

Don Agapito charlaba de negocios con Cartín en el corredor, arrellanados ambos en sillones de mimbre, y de cuando en cuando entraban á la sala para animar á las parejas.

Para que el lector sepa algo acerca de estas niñas Orantes, diremos que eran dos talentos financieros de primera fuerza; á pesar de ser hijas de un modesto empleado, vestían como parisienses, gastaban sombreros costosos, y perfumaban una calle con sólo asomar en ella sus personitas acicaladas, llenas de ringorrangos. Solían hacer regalos á ciertas de sus amigas cuando éstas cumplían años, que dejaban boquiabiertas á las obsequiadas, quienes no podían menos que asustarse al pensar en la reciprocidad. ¡Vaya usted á averiguar esos misterios!

Bailaban un valse que Chayito arrancaba al piano con verdadero furia. Beltrán valsaba con Matilde é iban al parecer encantados en grata conversación: él, hablándole muy quedo cerca del oído; ella abandonada en el hombro de Beltrán, sonriente,

agitada por el ejercicio y llena de emoción. Urdaneta abrazaba aquel talle erguido, macizo y escultural, con todo su brazo, como quien no quiere dejar libre de la presión el más pequeño espacio.

De pronto Matilde se paró con el objeto de buscar algo que necesitaba.

—Qué cabeza! he dejado el pañuelo en mi cuarto. con permiso, dijo á Beltrán; vuelvo al momento.

—Vamos por él, respondió éste, la acompañaré si me lo permite.

Salieron de la sala, y atravesaron un largo pasillo; Beltrán la tomó una mano, y así entraron al cuarto de Matilde.

Sobre la cómoda ardía una lámpara que alumbraba suavemente la estancia, saturada de los perfumes del jardín que entraban por la ventana.

En aquella atmósfera, y al ver aquel lecho blanco y suave como un nido, Beltrán sintió hervir la sangre. Mientras Matilde buscaba y revolvía en una gaveta, se acercó, y rodeándole el talle con su brazo, metió la cara en la nuca de ella y aspiró aquel perfume de cuerpo joven y robusto, besándola después repetidas veces.

Matilde dió un leve grito de susto, y entre enojada y risueña, con los ojos brillantes, fijos en su primo, exclamó:

—Oh, no, por Dios!

—Sabe usted, dijo Beltrán; que en este cuarto pasaría toda mi vida? me parece que está impregnado del aliento de usted.

—Vámonos, dijo Matilde asustada y cerrando de golpe la gaveta.

—Sí, pero antes me ha de dar uno de esos claveles, contestó Beltrán señalando un ramito que estaba en una copa de cristal sobre la mesa de noche. Matilde tomó el clavel y lo alargó á su primo sonriendo.

—Así no lo quiero, dijo éste; es necesario que usted le dé vida á esa flor para que su perfume sea eterno..... bésela, conságre-la con su cariño y la conservaré toda mi vida.

—Matilde deseosa de poner fin á aquella escena, se llevó la flor á los labios y la alargó después á Beltrán: éste la colocó en el ojal de su saco, y salieron del cuarto cogidos de la mano, radiantes de felicidad.

Si la emoción no hubiese dominado por completo sus facultades, habrían oído allá, fuera, en medio del camino, un grito un especie de rugido lleno de amargura y de rabia.

Diego, desde el escondite en que estaba, lo había visto todo: al entrar en el cuarto Matilde y Beltrán, cogidos de la mano, se había erguido; su sombrero rozó con una rama del matón donde estaba, y rodó á la zanja; no se dió cuenta de ello, avanzó hacia el centro de la carretera, lívido, descompuesto, con los puños cerrados, y vió todo lo demás.

Había cesado la música hacía un rato, y Diego aun permanecía allí clavado en medio de la calle, como un loco, con los ojos fijos en aquella ventana

que le parecía la entrada al infierno donde acababa de caer.

Sacóle de ese estado una carreta que venía rodando pesadamente, y cuyos bueyes se pararon ante aquel estorbo que no se movía; al oír los gritos del carretero que despertaba del sueño á que venía entregado, se hizo á un lado como un autómeta y echó á andar en dirección al pueblecito, sin darse cuenta de lo que hacía, sin acordarse siquiera de recoger el sombrero que quedaba en la zanja. Anduvo un largo trecho, y se paró mirando hacia la ventana del cuarto de Matilde que daba al jardín, y que permanecía abierta é iluminada. Alzó los puños, y trastornado, en un acceso de ira, exclamó:

—“Gran!” (dijo un nombre vulgar con que se designa á las mujerzuelas.)

Permaneció un largo rato allí; vió una silueta que á él le pareció de un hombre, recortarse un momento en el fondo luminoso de la ventana, y luego cerrarse ésta. Diego lanzó un resoplido como de bestia acosada, y se dejó caer sobre una piedra con la cabeza entre las manos.

Perdió la noción del tiempo que así pasó; y no recordó tampoco en qué había pensado: solamente al alzar la cabeza donde sintió el fresco de la madrugada, miró la luna que vagaba por el cielo, y el paraje que tenía ante sus ojos, y dijo hablando en alta voz:

—Qué tiene esa luna tan lívida? parece la

cara de una bruja muerta. qué cielo tan negro. ! qué horrible es la vida. !

Empezó á serenarse, y sollozando desanduvo el camino; quería ver otra vez aquella ventana maldita por donde había asomado la desesperación; recordó que estaba sin sombrero y lo recogió; miró á la casa, todo dormía; se acercó á la ventana del cuarto y aplicó el oído. silencio completo; sin embargo, creyó percibir suspiros . . .

De pronto oyó un leve paso hacia abajo donde terminaba el jardín y empezaba el cafetal, y un hombre armado de una escopeta apareció cautelosamente de entre la cerca. Diego salió á la carretera y echó á andar con paso resuelto.

El hombre de la escopeta que no era otro que el mozo que hacía los mandados á San José, y que le llevaba las cartas de Matilde, le saludó muy afablemente.

— Buenas noches le dé Dios, don Diego.

— Buenas noches, respondió éste, y siguió el camino sin importarle las conjeturas que el mozo hiciera al encontrarle allí á semejantes horas.

Cuando hubo perdido de vista á Diego, el mozo, que no había cesado de sonreír con mucha sorna, se dijo:

— Ajá. estos señores sí que la saben hacer. apostarí que éste es el bulto que he visto brincar otras veces del cuarto del jardín. quien ve á la niña Matilde! qué *mamada*! por eso me gusta cuidar el beneficio todos los años. . . . he visto

tantos asuntos *destos* aquí en los veranos. y lo más *divertío* es que piensan que *naide* lo sabe. . . .

Diego llegó al pueblecito y montó á caballo.

El fresco de la madrugada devolvió un tanto la tranquilidad á su espíritu, y empezó á reflexionar. Le parecía ser otro, creía nacer á una nueva vida, despertar en un mundo que no conocía, todo le admiraba, le sorprendía qué le había sucedido? no era un sueño, una pesadilla horrible? y volvía á recordar la escena; veía á Matilde abandonada á Beltrán, dejarse besar sonriendo, darle una flor que primero había besado. le espantaba la deslealtad y la infame hipocresía de aquella muchacha que él había creído tan vehemente y tan amorosa, á pesar de sus coqueterías y extravíos; siempre la juzgó una magnífica pasta para modelar con paciencia y juicio una excelente esposa, una mujer de *su casa*.

El necesitaba casarse, formar su hogar, procrear su familia; no pasar por el mundo como un sonámbulo ageno á los goces del amor, que brilla en medio de un hogar honrado y feliz; no quería extinguirse como uno de esos árboles neutros que no dan más que hojas que se van cayendo como pájaros con las alas rotas. El quería tener el estímulo santo del trabajo que santifica la vida, y compartir el fruto de sus fatigas con una familia suya, propia, que fuera carne de su carne: soñaba llegar cansado de sus quehaceres y encontrar una compañera amo-

rosa, y unos cuantos ojitos vivos, como estrellas de un cielo infinitamente hermoso, y unas mejillas frescas qué acariciar, y boquitas como capullos de rosas qué besar, que le dijeran "papá," y sentir sobre sus rodillas el peso de aquellos muñecos deliciosos que llevaban sangre de sus venas; y sobre tanta dicha, sobre tanta ventura, el escudo de un nombre honrado, y la consideración social. Todo eso soñaba; por todo eso trabajaba lleno de fe y de entusiasmo, á pesar de su exterior calmoso y tranquilo, y ahora qué haría? qué haría de sus sueños, de sus ilusiones, norte y fin de su vida hacía tanto tiempo, si la única mujer que había cautivado su corazón era un infame coqueta de alma corrompida, que había olvidado sus juramentos, su amor, su deber, para entregarse al primer advenedizo que supo deslumbrarla?

—Oh, ahora que la pierdo para siempre, comprendo cuánto la amo, se decía Diego ya en su cuarto: ¡qué mujer más ingrata!

Sentía fiebre, comprendía que le sería imposible dormir, pero no obstante se acostó cuando en el reloj de la iglesia vecina sonaban las cuatro.

Ya tendido, siguió cavilando; entonces empezó á buscar paliativos á su dolor.

Bien, decía; el despejo de una incógnita es siempre un triunfo; el encuentro de la verdad debe ser una alegría, porque ella viene á demostrarnos alguna cosa, á sacarnos del error; á mí me ha demostrado mi engaño, me ha abierto los ojos, ha hecho un poco de sol y he visto el abismo. si

yo me hubiese casado con Matilde, con esa venda sobre los ojos, y sucedido esto cuando ella era mi esposa qué habría sido de mí? qué horror!

Se revolvía en el lecho como si las sábanas le quemaran las carnes. A veces no se daba cuenta de lo que él mismo había visto me habré engañado? proseguía: no es él su primo? tal vez en otros países no tendrán los besos el significado que aquí les damos, donde todo nos espanta y nos llama la atención pero no: distinguí bien el brillo de aquellos ojos aquella sonrisa era apasionada, la misma que fingía cuando me miraba No, no me cabe duda, ellos se aman ¡ah! infame!

Cómo no le he notado antes? una vez llegué á pensar que existían celos pero me pareció ridículo aquellas visitas continuas, aquel modo de hablarse, de mirarse, los obsequios de ese libertino el collar de diamantes la emoción que noté aquella noche del baile cuando fuí por ella, nunca me ha saludado con igual desdén un desdén frío, que me entró en el alma como la hoja de un puñal.

Qué simple he sido! y yo que creía vivir todo entero en aquel corazón podrido porque así debe tenerlo cuando ha hecho eso pero cómo es posible, Dios mío! de suerte que no me quiere, que no me ha querido nunca?

Y ese canalla qué se propone? él sabe que estábamos comprometidos, quería ser mi padrino de boda el bandido! si le insulto mañana y

le obligo á que me mate? . . . y si yo le mato, habré apagado con su sangre la hoguera que arde en mi alma? vengaré una infamia con un crimen? y bien, qué defiendo yo? una ilusión pero, y si se burla de mí? ya me parece oírle decir con aquel su talante "que yo quiero matarle porque no me quiere la novia!" y bien pensado, él no tiene la culpa porque si Matilde me hubiese querido de veras, no se habría portado como una coqueta vulgar.

Naða, hay que olvidar; hay que arrancarse el dardo del corazón aunque éste sangre; el decoro, la dignidad de mi amor, me darán fuerzas para luchar, para olvidar esta horrible y sangrienta burla . . . el trabajo, el trabajo . . . de hoy en adelante dedicaré todos mis esfuerzos á trabajar por la justicia, por el débil, por el oprimido.

Diego se durmió cuando ya el alba entreaabría sus cortinajes, para dar paso al sol que venía derramando luz sobre este granillo de tierra donde vegetamos como el infusorio en la gotita de agua.

Tres días después el mozo de la finca de don Agapito, que venía á desempeñar las comisiones que allá se le ordenaban, llegó á casa de don Clemente con unas frutas que Matilde le enviaba.

Julián acababa de llegar, y ojeaba un periódico mientras servían el almuerzo.

—Hola, Mateo, dijo al mozo; qué tal, cómo están por allá?

—Bien, señor yo creo que están *alen-*

taos sólo la niña Matilde parece que está un poco *emporradilla* no es mucho, pero de veras que está *ojerudilla*; ayer *la oyí* decir que todo le hacía daño y que le dolía la cabeza.

—De veras? qué malo que podrá ser? se habrá resfriado? lo mejor será que se venga: y cambiando de tono preguntó: ha ido mucha gente estos días por allá?

—*Pus* sí señor; antier estuvieron unos señores y una niña alta, pálida, la *mentada* Teresita y también anduvo por allí don Diego, agregó el mozo á quien parecía que le picaba la lengua.

—Cómo, Diego estuvo allá de visita? preguntó Julián admirado.

Pus yo creo que de *vesita* no, porque no *dentró* á la casa; yo lo *vide* ya tarde, como á eso de las dos de la mañana; primero lo *vide subir*; *después bajó* un poco, sin sombrero, y más *después* volvió por el sombrero, que tal vez se lo había *botao* el viento . . . hacía una luna muy bonita

—A las dos de la mañana! repitió Julián con extrañeza; qué andaría haciendo á esas horas por allí? y pensó: buscaría á Cartín? no, no puede ser tal vez vendría de la finca de los Montes sus defendidos está tan encalabrinado con el pleito ó quizá de hacer ronda á Matilde á semejantes horas! es curioso: lo mejor será ir por ella mañana ó pasado.

El mozo se fué, y cuando don Clemente llegó á almorzar, se resolvió que el próximo domingo

traerían á Matilde, caso de que ésta siguiese indispueta.

Julián no quiso contar nada á su padre del paseo de Diego á las dos de la mañana por la finca de don Agapito.

El mozo mandadero, después de salir de casa de don Clemente, fué en busca de Diego á quien halló en su oficina, con el objeto de entregarle una carta que le enviaba Matilde.

—Hágame el favor, dijo Diego, trémulo al mirar aquel billete,—de llevarle esa carta á la niña Matilde, y de decirle que probablemente se ha equivocado, que no debe ser para mí.

El mozo algo sorprendido, cumplió con la recomendación.

Cuando Matilde tomó la carta que Diego le devolvía, le costó trabajo entender el recado; tuvo el mozo que repetirlo dos y tres veces; se quedó pálida, angustiada, con la cara de una muerta, y entró á su cuarto sollozando; se dejó caer en una silla y rompiendo á llorar, presa de la mayor aflicción exclamó:

—Ay Dios mío; Diego *lo sabe!* qué va ser de mí.....!

El sábado por la tarde, cuando Julián y don Clemente llegaron á la finca, no pudieron menos que alarmarse cuando vieron á Matilde; ¡semejante cambio en ocho días! era increíble.

—Pero qué tienes, hija, la preguntó el segundo asustado: parece que acabaras de pasar una fiebre.....!

—Qué te molesta? tienes tos, acaso has cogido un fuerte resfrío? agregaba Julián con solicitud.

—No, no es nada, contestó Matilde sonriendo de una manera que causaba lástima; creo que algo me ha hecho daño. sufro de palpitaciones, no tengo apetito. y cuanto como me cae mal. . . . yo creo que esto me pasará quedándome unos días más aquí. es tan agradable el campo!

—De suerte, replicó Julián con intención, que nada te hace falta en San José. . . . ? y en tono confidencial agregó, para alegrar á su hermana: sí ya sé que por aquí han venido á rondar tu sueño.

Matilde se quedó mirando á su hermano con expresión indescriptible, y sintió que una oleada de sangre le subió al rostro.

—*Adiós*, qué ocurrencia la tuya! yo no he visto á nadie.

A Julián llamó mucho la atención el rubor de su hermana, y pensó que era muy natural que á ella no le gustara el que se supiese que Diego rondaba su ventana alguna noche.

Por su parte, Valentina trataba á su amiga con mucho mimo, y la rogaba que no se fuera, porque el campo era muy saludable para esas enfermedades; y sonreía de una manera misteriosa. Estos ruegos y los de don Agapito, hicieron desistir á don Clemente y á Julián de su intento; ya les avisarían cómo siguiera Matilde. la cosa no era para tanto.

En la cena se habló de todo; don Clemente

estaba inconsolable por no haber encontrado á Beltrán en casa de don Agapito: su sobrino se había venido á San José el sábado; vaya un atarantado, decía, no ir á buscarnos! en fin, ya le veremos mañana.

Esa noche, Valentina al acostarse, recordando las indisposiciones de Matilde, estaba meditabunda.— Esa loca, se decía; es capaz de haberse perdido le sobra corazón pobrecilla! se ha empeñado en ello se figuraba sin duda que yo estaba enamorada de Beltrán he visto sus luchas; no saben mujeres así gozar sin comprometerse, y se entregan *todas* por entero. Lo que es yo daré mi cuerpo por satisfacer un capricho ó un placer pero el corazón? cuando se entrega á un hombre, *la mujer* desaparece para tornarse en *una cosa*. Y ahora, qué hará *el otro*? bah! lo que han hecho tantos ¡pobrecillo! Y se desnudaba con movimientos de mujer joven que está orgullosa de sus carnes.

Por la mañana, cuando Matilde se despidió de su padre y de su hermano, les ofreció avisarles si le ocurría alguna novedad.

—Sí, sí, dijo don Clemente; pero siempre es bueno que te vea el Doctor Bermúdez; es mejor prevenir con tiempo.

Cuando don Clemente y Julián llegaron á su casa, Peregrina les contó que don Beltrán había ido á buscarlos el sábado en la noche, ya tarde, muy

precisao, en la creencia, según había dicho, de que ellos no se irían á “Monte Azul” hasta el domingo por la mañana; que se había *quedao* muy pensativo cuando ella le había dicho que volverían el lunes; que entonces había *entrao* al cuarto de don Julián, y que se había puesto á *escribir*.

Don Clemente, profundamente admirado tomó una carta que Peregrina le daba, y entró á la sala acompañado de Julián.

—Qué raro, dijo; qué podrá ser?

El sobre contenía; un cablegrama fechado en Méjico el día anterior, que decía: “A Urdaneta. Su padre muere:” un cheque contra el Banco Anglo Costarricense, á favor de don Clemente, por valor de tres mil seiscientos pesos, y una carta concebida en estos términos:

“Queridos míos: Por el telegrama adjunto, verán ustedes que mi padre se está muriendo, ó que quizá haya muerto ya. Deseando ganar todo el tiempo que pueda, salgo mañana temprano, con el profundo dolor de no haberme despedido de ustedes personalmente: anoche á las once estuve á punto de ir á verles á “Monte Azul,” pero el arreglo del viaje y de otros asuntos me arrebataron idea tan lisonjera.

Adios, llevo en mi alma el agradable recuerdo de los días que pasé con ustedes, y me consuela la esperanza de que en no muy tardado tiempo quizá vuelva á abrazarles

Beltrán.”

P. D.—Ruégole aceptar esa pequeñez que le dejo.—Vale.

Cuando don Clemente terminó la lectura, corrían las lágrimas de sus ojos.

Se sentó muy afligido, y mientras Julián hacía esfuerzos para no enternecerse, le dijo:

—Has visto un muchacho como éste? ah! Beltrán vale lo que pesa..... corazón de oro! Quiera Dios que encuentre vivo á don Esteban, y que la dicha le acompañe.

A don Clemente no había cosa que más le enterneciera, que una despedida, aun cuando fuese escrita, y sobre todo, acompañada de *una pequeñez* como esa á que se refería Beltrán.

Cuando Matilde supo la partida de su primo, cayó en profundo abatimiento.

El Doctor Bermúdez, quien sentía por ella una verdadera afección, aconsejó que permaneciera en el campo algún tiempo más.

Le había hecho un riguroso examen, de cuyo resultado quedó profundamente conmovido y caviloso.—“Esperemos, se dijo; sí esto es hecho! qué atrocidad!.....sólo Diego puede curarla: hay que trabajar en este sentido para prevenir el escándalo.....y cualquiera otra desgracia.....á su tiempo hablaré á Julián; no hay más remedio.



XXIII

Después que Beltrán hubo escrito en casa de don Clemente la carta de despedida que ya conocemos, salió presuroso hacia su cuarto. Debía conferenciar con una persona que allí le esperaba esa noche, y se proponía dar los últimos toques á un asunto grave, que tenía entre manos hacía algunos días.

—Diablo! se decía; y pensar que esta noche debe quedar *eso* definitivamente arreglado. . . . porque francamente, no tendría ninguna gracia quedar preso entre mis redes como si fuera un conquistador vulgar. . . . Afortunadamente, *la cosa* permanece en el misterio, y cuando estalle, habrá ya un editor responsable, y yo me encontraré lejos. . . . pero ese muchacho se muestra exigente. . . á fe que tiene razón. . . bah! qué importa sacrificar una suma para encontrar marido joven. . . un partido viable que se resuelva á encubrir el desliz? un negocio como cualquiera! Si es cierto como ha dicho un escritor es-

pañol, que el matrimonio es el acto más trascendental de la vida, y por consiguiente el que menos se medita, no habrá mucha dificultad....por qué ha de haberla? y como cada cosa tiene su valor, *mi hombre* no valdrá arriba de diez mil pesos á todo tirar....y bien pagado....ya sé qué clase de tipo es....lo tengo bien clasificado.....

En estas y otras reflexiones iba sumido cuando subía la escalera del hotel. Entró en su cuarto, y vió á Trillito con un buen cigarro en la boca, arrellanado en una butaca y distraído en la contemplación de algunas fotografías que tenía sobre la mesa, bustos de mujeres y desnudos admirables de Bouguereau.

—Ya creía que no llegaría, dijo Trillito poniéndose de pie y saludando á Urdaneta con suma amabilidad. Sentía por éste tal admiración, que aun las infamias más grandes que cometiera, á sus ojos aparecían como hechos de buen tono, de gran agudeza, y de la más refinada elegancia. Comprendía la inmensa diferencia que existía entre él, oriundo del barrio de una pobre villa, y aquel elegante libertino que todo lo sabía vestir con ropaje deslumbrador, y que juzgaba las cosas de la vida con un criterio suyo especialísimo. No perdía ocasión de imitarle, y las doctrinas de Urdaneta eran para él un evangelio que acataba con verdadero fanatismo. Por esa afinidad de temperamentos, se producía entre ellos la nota más perfecta de todo cuanto el corazón humano abriga de inmoral y acomodaticio.

Urdaneta sabía con quien se entendía; comprendió desde un principio que Trillito era el hombre que necesitaba para los fines que se había propuesto.

—Algo tuve que demorarme, contestó á su amigo, resuelto á guardar absoluta reserva acerca del viaje que tenía listo para la mañana del siguiente día;—y bien, continuó después en un tono indiferente, como quien no da importancia al asunto de que trata: está usted resuelto?

—Pues casi, casi no me disgusta del todo comprendo que Matilde es una guapa hembra que no desdeñaría cualquiera vaya! pero si he de serle franco, temo mucho correr el albur por varias razones usted comprende, yo no tengo capital . . . ni profesión . . . y la responsabilidad que voy á contraer es grande porque no se casa uno por dos ni tres años si yo tuviera seguridad de poder trabajar con holgura, y labrarme un porvenir para atender cumplidamente á mis deberes, digo, para dejar esta vida que llevo y sentar la cabeza nuestra sociedad es complaciente, todo lo olvida, pero siempre que el asunto se rodee de cierto brillo porque no me negará usted que algunas faltas llegan á cubrirse bajo las sedas y las joyas, mientras que otras estarán presentes, siempre vivas, si no tienen en su disculpa más que las lágrimas del arrepentimiento por sinceras que sean qué quiere usted, así es el mundo!

—Ha hablado usted como un filósofo, repu-



so Beltrán dando palmaditas en el hombro de su amigo; y veo que conoce usted la sociedad; pero crea que el matrimonio con Matilde conviene á usted. . . . acaso no me ha confesado que es una mujer que *le llena el ojo* como decimos vulgarmente? Es hermosa, de exquisitos sentimientos, apacible, capaz de amar como muy pocas aman ya, créalo usted. . . . no la juzgue liviana por esa caída que lo único que prueba es lo apasionado de su temperamento. . . . ¿He tenido la culpa de haberla inspirado ese amor que me llevó á cometer una acción que á los ojos de la más severa moral podrá ser considerada como una infamia, pero que mi conciencia juzga simplemente como un desenlace natural, lógico, dados los medios en que se desarrolló?

Quién puede luchar con el miasma que le rodea, y librarse de una fiebre que le lleva á la tumba? nadie: el enfermo no quiere morir, pero se muere. . . . yo luché. . . . y no pude. Para sustraerse á los encantos de la tentación, que nos acaricia los sentidos con boca de rosa y besos de miel, se necesita tener el alma blanca, eucarística de un San Antonio. . . . y yo confieso amigo mío, que soy de pasta muy diferente. Ahora deseo de todo corazón reparar en algo el daño. . . .

—Pero es muy raro, interrumpió Trillito, animándose con la conversación de Urdaneta,—que siendo usted admirador de Matilde, y con suficientes medios para hacerla feliz, no haya querido usted casarse con ella.

—Casarme con ella! replicó Beltrán lanzando un hondo suspiro. Dios sabe que lo haría, y le juro á usted por mi honor, que á ser ello posible, hoy mismo la haría mi esposa. . . .

—Pues qué se opondrá? . . . es usted casado?

—Sí amigo, casado; hasta ahora nadie lo sabe aquí. . . . excepto Matilde que lo adivinó, y á la cual no lo oculté jamás.

—Y sabiendo que usted es casado ella le amó? preguntó Trillito profundamente extrañado.

Beltrán le miró entre compasivo y burlón.

—Qué niño es usted! acaso me habría amado con tanta vehemencia si yo no estuviera casado? no sabe usted que los obstáculos son para el amor un acicate que nos hiere de continuo? se figura usted que el corazón se refrena con simples fórmulas sociales? sería usted capaz de sujetar al brioso corcel desbocado con un hilo de seda?

Cuando el corazón ama, ama *porque sí*. . . . quién sería el insensato que le dijera “no ames á esa mujer porque es rubia, porque es negra, alta ó baja, casada ó viuda”? “no ames á ese hombre porque es lampiño, soltero, casado ó viudo”? En vano preguntaría usted á una mujer por qué ama; ella misma no podría decirlo. Ama por que tiene necesidad de amar; todo lo demás es tan secundario, que ni siquiera se toma el trabajo de examinarlo.

Después de una pausa, Beltrán, continuando sus recuerdos, prosiguió. Mi mismo padre lo ignora

...tuve que casarme en Bruselas en secreto... esa es una historia triste que no viene al caso.

Y como si este recuerdo le hubiese excitado, se puso á medir á largos pasos la habitación; la alfombra amortiguaba un tanto el ruido de sus pisadas; durante esa pausa, Trillito le miraba distraído sonriente...admiraba aquel porte altivo, desenvuelto, aquel perfil irreprochable en que creía advertir confundidas las líneas de don Juan y de Mefistófeles. Estaba embobado, oyendo á aquel que se le figuraba un héroe de novela, que tenía el secreto, el precioso talismán para hacerse amar de las mujeres hermosas hasta el punto de enloquecerlas...y ese hombre le mimaba, le rogaba que se casara con una mujer que había sido suya, á la cual dotaría espléndidamente...y viéndolo bien, qué más quería él? cuál era su vida hacía mucho tiempo? no estaba acosado de deudas y de necesidades, viviendo de la trampa y del *sable*? entre llevar la vida de un mendigo, pegarse un tiro, y casarse con una mujer hermosa y pescar un capital, qué era lo mejor?...

—En cuanto al punto principal,—continuó Urdaneta parándose frente á su amigo, con las manos á la espalda;—usted no debe temer nada...yo me iré muy pronto de Costa Rica para no volver, y usted quedará libre hasta de la preocupación más pequeña respecto de mí...Además, mi padre como usted sabe es inmensamente rico, soy único heredero, y qué sabemos si su testamento alcance á Matilde como pariente cercana que es? á qué preocupar-

se del porvenir? pues bien, si usted se resuelve, cuente con . . . diez mil pesos que le serán entregados al día siguiente de su boda con Matilde . . . condición precisa: no ha de haber en el asunto el más pequeño escándalo; si usted no tiene el talento para efectuar la boda antes que aquel estalle, no hay nada de lo dicho; todo ha concluido: mi más ardiente deseo es que esa falta no sea conocida de nadie antes de la boda . . . acepta, sí ó no . . . ?

Trillito palideció: ante sus ojos pasó la imagen de Matilde, sonriente, voluptuosa como la tentación . . . y sin darse cuenta, como hipnotizado por los ojos negros de Urdaneta que le miraban con brillo casi fosforescente, alargó la mano y contestó:

—Pues bien, acepto! compromiso formal . . . doy á usted mi palabra de honor . . . pero como si sus propias palabras le hubiesen asustado, medio confuso, y como para excusar su asentimiento, balbuceó;—aunque francamente, el papel que voy á hacer . . . una mujer que . . . lo que dirán de mí . . .

—Vamos, no sea niño; cuántas mujeres, no digo como Matilde, cuántas que han caído hondo, muy hondo, se han casado después y han sido un modelo de esposas? pues qué, un hombre no puede enamorarse locamente de una mujer que ha tenido un desliz, y hacerla su esposa y gozar toda una vida al lado de aquélla que ha sido regenerada por el amor? cuántas veces es este sentimiento un Jordán que limpia y transfigura? y luego . . . quién le puede asegurar á usted que mañana, esa mujer á quien

usted ampara con el escudo de su cariño y de su nombre no le adore con toda su alma, y deje de ser gusano para convertirse en crisálida de matices esplendentes?

—Sí, sí, comprendo . . . comprendo, murmuró Trillito ofuscado por la dialéctica de su interlocutor; — y . . . usted cree que ella me aceptará?

—Hombre, eso es cuestión de usted . . . yo no lo dudo . . . ella no se casará con Diego . . . es imposible . . . á estas horas esas relaciones deben haber concluido; pronto, antes que el escándalo cunda, tendrá ella que tomar una determinación . . . fíjese usted si quien se está ahogando sería capaz de rechazar el cable salvador que le viene á la mano . . . Pronto regresará del campo; y debe usted desplegar todo su ingenio, toda su diplomacia para hacerla creer que siempre la ha amado, y como es probable que ella le escuche, mediarán explicaciones, . . . luego las dudas, ella se dejará convencer, usted le hace la proposición en toda regla, y se mostrará impaciente á efecto de que ella vea que la boda es cuestión de días . . . yo le respondo que si el asunto lo maneja usted bien, dentro de dos meses estarán ustedes casados como Dios manda . . . recuerde aquello de "la mujer no se busca, se encuentra"; yo creo que usted ha encontrado la suya. Y ahora, mi querido y afortunado amigo, vamos á beber una botella para sellar este compromiso.

Beltrán hizo subir champagne, y luego empezaron á beber en medio de una charla animadísi-

ma que pronto no fué más que un murmullo adornado con la mímica demasiado viva de Urdaneta que hablaba con gran vehemencia.

Cerca de las cuatro de la mañana, Urdaneta, despidiéndose de su amigo, en el descansillo de la escalera, le dijo:

—No olvide usted mi condición: ahogar el escándalo, y que este secreto pertenezca exclusivamente á nosotros dos. . . . mucha suerte, amigo, mañana no nos veremos, tengo que hacer. . . . y por si acaso me muero ó desaparezco, que es lo mismo. . . . (todo hay que preverlo) el documento que lleva usted en el bolsillo firmado por mí le garantiza el cumplimiento de mi promesa.

Trillito salió, y mientras se encaminaba á su cuarto, figurándose ya marido en agraz, resuelto á poner sus cinco sentidos en la consecución de sus proyectos que ya eran para él cuestión de amor propio, sonriendo, y como presa de una alucinación, palpaba el pliego que Urdaneta le había entregado; una orden para su banquero, de pagar á don Mario Astorga *Ocón y Trillo*, diez mil pesos al día siguiente de efectuado su enlace con la señorita Matilde Ayala, hija de don Clemente Ayala y Aguirre; bastaba para ello presentar la respectiva inscripción del Registro Civil. Un regalo de boda que deseaba hacerse en firme.



XXIV

La catástrofe había ocurrido, como no podía menos que suceder; era la resultante de ciertas causas á que se llega muchas veces no por simple vicio ó maldad, sino por consecuencia lógica á que nos arrastran nuestro temperamento, y los acontecimientos, casi inconscientemente.

Beltrán era un hombre arrebatado, vehemente, lleno de una fuerza pasional que estallaba en verdaderos incendios: probaba por costumbre, por vicio tal vez, *la densidad* de la honradez en las mujeres, y una vez hallado el punto vulnerable, empeñaba allí sus fuerzas de conquistador afortunado, y gozaba al ver cómo iba abriendo la brecha, y venciendo los obstáculos que se le oponían. Entonces, su orgullo se excitaba con los primeros triunfos conseguidos, y avivaba la lucha. proseguía, proseguía siempre: ¿quién es capaz de detener el curso del alud que rueda por la falda del monte? nadie: llega hasta el fin.

Tal había ocurrido á Beltrán; llegó hasta abajo, destrozando en su caída como el alud, los hermosos lirios y los rosales que esmaltaban la pradera: conmiseración, respetos de familia, deberes de la amistad, gratitud, cariño, honradez, lealtad, todo fué arrollado, todo fué hollado por la bestia desbocada de la pasión.

Y no se dió cuenta hasta después de consumada la iniquidad, una noche en que llegó á la finca, cuando todo dormía: Matilde estaba aún en la ventana, aspirando el perfume de las flores y viendo la luna que plateaba la campiña con su luz. Habló con ella largamente en aquel sitio tan lleno de encantos y rodeado de aquella dulce poesía que adormece los sentidos. En esas noches el alma de una mujer enamorada parece flotar en el éter, disuelta en la suave claridad, por sobre todas las miserias y convencionalismos sociales: es una cuerda en tensión lista á vibrar al menor soplo.....es toda amor. Beltrán la besó desesperadamente, hasta hacerla sangre la boca, como quien no se satisface sino con el mordisco que es un espasmo de lujuria que enloquece, y que sólo contiene su ímpetu ante el grito de dolor de la hembra. Cuando la tuvo en sus brazos, adormecida como el pajarillo hipnotizado por la serpiente, saltó dentro de la habitación y la hizo suya, sin oposición, sin lucha, porque el cerebro estaba ofuscado, ebrio de pasión y de deseos: hizo suya aquella mujer que estaba destinada á otro hombre, aquella mujer que no

muy tardado había de llevar sobre su frente el velo de la desposada.

Sintió después vergüenza de aquel ultraje inferido á una mujer que era su prima; á su tío que le quería como á un hijo, y al amigo á quien tantas veces había estrechado la mano.

Pasó un mes: Matilde muy delicada había regresado del campo; estaba inconocible: el gracioso óvalo de su rostro habíase enflaquecido, y las grandes ojeras que sombreaban sus ojos antes tan vivos y expresivos, revelaban los grandes sufrimientos de su alma.

Durante ese tiempo, Trillito frecuentó la casa de don Clemente, quien no sabía á qué atribuir las continuas y largas visitas de aquel muchacho alegre y decidor que al fin y al cabo le divertía los ocios de las noches, unas veces conversando de minas, y otras jugando á las damas.

Julián, que estaba de un humor negro, se largaba á su cuarto fastidiado de aquel charlatán, y Matilde con su aire de *dolorosa* que tenía desde que regresó á San José, rehuía las ocasiones de encontrarse con Trillito, cuyas zalamerías y obsequios no soportaba. Le encontraba ahora un cierto descaro para decir las cosas, y se sentía en su presencia como humillada por la mirada de aquellos ojos que despedían reflejos lúbricos que la ofendían.

No obstante, aquél se daba tales mañas para

retenerla en la sala, que lograba algunas veces iniciar conversaciones que en seguida languidecían, á pesar de los supremos esfuerzos que hacía para agrandar y distraer la inmensa pesadumbre que abatía á Matilde como una fiebre lenta. Solía suceder que cuando Trillito hablaba de generalidades, ella distraída parecía mirarle con ojos espantados, á veces suplicantes y él se figuraba en su interior que ella empezaba á comprender; y ganaba alientos para su empresa. Ah, si hubiesen estado solos, con cuánto gusto, echándose á los pies de ella, como hacen algunos galanes en los dramas, le habría dicho "lo sé todo pero os amo tanto queréis ser mi esposa?" mas á lo mejor, con un pretexto cualquiera, ó con un *con permiso* seco, que dejaba traslucir el más profundo fastidio, Matilde se levantaba y se iba adentro, dejándole como en rescoldo. La veía cruzar la sala con andar majestuoso de reina doliente, y con ojos lascivos acariciaba aquellas caderas opulentas de hembra joven recién fecundada. No le quedaba otro recurso que el de acercarse á don Clemente, que allá cerca del piano, fumando su cigarrito de iztepeque, leía "La Gaceta" que se traía de la oficina, con toda la pulcritud que se merece el órgano oficial, *de cuerito á cuerito*, como decían las antiguas maestras.

Trillito, aun cuando empezaba á descorazonarse, hacía todo empeño para dar cima á sus propósitos, y esperaba confiado en que algún acontecimiento imprevisto llegase en su ayuda.

Julián estaba ahora más enojado que nunca con Diego.

—Ese babeiaca, se decía:—no ve que esta pobre muchacha llora y se consume por su culpa? por qué no viene? hace un mes que Matilde está aquí y ni siquiera ha pasado por la calle.el enojo que él tenga con papá y conmigo por qué ha de alcanzarle a ella?

Esa tarde entró al cuarto de su hermana quien ya se había acostado.

—Cómo sigues? le preguntó con acento de ternura.

—Bastante bien, contestó ella incorporándose para ver mejor á su hermano.

—Entonces podemos conversar un momento si no te fatiga y quieres. . . .

Matilde sobresaltada miró á su hermano; qué querría decirle?

—No te asustes, son cuatro palabras no más; oye: hace un mes que regresaste del campo y á pesar de haber venido tan enferma, Diego no ha tenido la atención de venir á verte.al fin y al cabo hay compromiso formal entre ustedes, y no es natural que tal vez por una bagatela estés sufriendo y echada á morir: eso pasa; los enamorados á veces se enojan, tienen sus disgustillos para gozar más con la reconciliación.Diego á pesar de todo será racional, y no querrá romper sus relaciones contigo, por el simple hecho de haberte ido al campo á un lugar que quizá no era del gusto de él. . . . puesto

que antes le pediste su parecer, y aun creo que se escribían á qué viene pues, ese enojo, ese capricho?

Matilde no contestó; había bajado la frente y Julián notó que lloraba silenciosamente: aquella actitud dolorida, aquel desborde del sufrimiento enterrecieron á Julián.

—No te aflijas, prosiguió éste; eso no vale la pena ya verás que cuando menos lo pienses, Diego vendrá á verte y tedará excusas por su conducta ya sabes que soy poco amigo de entrar en ciertas componendas, pero se trata de tu salud, de tu felicidad, y es necesario hacer lo que se pueda, decorosamente, por supuesto, para que esto cese . . . Entre un rato le mandaré un recado para que venga á verme le hablaré con franqueza, le preguntaré el motivo de su disgusto para contigo entiendo que no ha habido rompimiento serio entre ustedes?

—Oh no, por Dios! exclamó Matilde retorciéndose las manos con la mayor angustia; no, no hagas eso; te lo suplico por lo que más quieras ahora no! después, más tarde, yo te diré cuando . . .!

Había tal acento en aquella súplica, que Julián desistió lleno de extrañeza.

—Bueno, si no quieres lo dejaré para otro día pero no te fatigues, tienes calentura, contestó poniendo una mano sobre la frente de Matilde.

—No, no por Dios! exclamo ésta como presa de una obsesión: no, no, que no venga, sería peor! y continuaba llorando con el mayor desconsuelo.

—Está bien, no vendrá, cálmate, tranquilízate, repuso Julián arreglando la colcha de la cama.

Salió del cuarto pensativo y cabizbajo: Matilde quedó llorando con desesperación, oculta la cara entre las almohadas.

Cerca de las once, hizo que Peregrina le preparase una taza de manzanilla porque sentía fuertes dolores.

A la una, Julián fué llamado por la criada quien dormía en el cuarto de la enferma. Se levantó precipitadamente y fué al cuarto de Matilde: la encontró en un estado alarmante; púsose un sobretodo y salió á la calle.

Un rato después entraba con el Doctor Bermúdez, quien traía en la mano un lío que trataba de ocultar y que dejó sobre una silla.

Al ver á la enferma que estaba sin conocimiento, lanzó una exclamación, y dirigiéndose á la criada pidióle agua caliente, vinagre y otras cosas que creyó necesitar: volviéndose á Julián le dijo:

—Y usted corra á la botica traiga esto... y apresuradamente escribió una complicada receta.

—Pero qué es esto? qué tiene Matilde, replicó Julián mirando al Doctor lleno de susto por aquellos preparativos.

—Corra usted hombre, corra, una enfermedad muy común en ciertas jóvenes, contestóle aquél, y al ver que Julián iba á insistir, agregó; pronto lo sabrá usted.

El Doctor se puso á trabajar después de



atrancar la puerta, para contener aquella hemorragia. Peregrina resultó excelente ayudante, y miraba con ojos atónitos las misteriosas manipulaciones del médico. . . . ¡que horror! cuánta sangre! "Ah, pobre niña Matilde" decía á cada momento llorosa y acongojada.

Las medicinas que el Doctor había enviado á buscar, fueron un pretextó para alejar á Julián en el primer momento, y evitarse explicaciones que no tenía tiempo de dar; conocía la enfermedad de Matilde y había llevado consigo lo que era menester.

Cuando Julián volvió ahogándose de fatiga, la enferma estaba aletargada todavía.

—Qué calma de boticario! dijo mirando á su hermana lleno de interés. Cómo sigue? qué ha tenido? hábleme con franqueza; es grave esto? necesito que me lo diga.

Al oír estas y otras exclamaciones y súplicas que le hacía Julián, el Doctor poniéndose muy serio le dijo:

—Vamos á su cuarto; que esta muchacha se quede aquí por si ocurre algo; tenemos que hablar. Pulsó á la enferma y agregó; está más tranquila.

Entraron al cuarto de Julián, y el Doctor cerró la puerta:

—Ante todo, dijo encarándose con aquél; quiero que usted me prometa bajo palabra de honor y de caballero, hacer todo lo que yo le diga; sólo así respondo de la vida de su hermana, que en este mo-